

ORACIÓN

Señor y Hermano Jesús:
Tú dijiste que “tu Padre nos enviaría en tu nombre el Espíritu Santo y que Él nos recordaría lo que nos enseñaste y nos lo explicaría todo”.
Tú conoces la pobreza y la aridez de nuestro corazón.
Te pedimos que tu Espíritu nos lo refresque, nos lo ilumine, nos haga entender tu Evangelio.
Nos lleve sobre todo a fiarnos de Ti y de tu Padre, a seguirte en fe confiada y amorosa, y a poner nuestro grano de arena para construir paz y vida en nuestro entorno. AMEN, ASI SEA.

TEXTO

MARCOS 3,1-6

«³Y entró de nuevo en la sinagoga y estaba allí **un hombre** que tenía la mano seca. ²Y le observaban por si lo curaba *en sábado*, para que lo acusaran.

³Y dice **al hombre** que tenía la mano seca: “Levántate, [ponte ahí] en medio”.

⁴Y les dice: “¿Está permitido *en sábado*: hacer el bien o hacer el mal; salvar la vida o matar?”.

Ellos callaban.

⁵Y mirándoles en torno con ira, apenado por la dureza de sus corazones, dice **al hombre**: “Extiende la mano”. Y la extendió, y su mano fue restablecida.

⁶Y **los fariseos**, saliendo de inmediato, tuvieron un consejo con **los herodianos**, contra él [Jesús], para destruirle».

COMENTARIO

- La serie de cinco historias de *controversias*, que había comenzado en 2,1, termina y se redondea con un segundo argumento que tiene lugar en sábado y que trata del sábado (cf. 2,23-28). Pero esta vez la causa de que se discuta sobre ese día no es una acción de los discípulos, sino del mismo Jesús. A pesar de sus extensos paralelos estructurales con la primera historia de esta sección 2,1-12, nuestro texto se encuentra más lleno de *elementos de conflicto*. En el curso de la perícopa se observan desde el lado de Jesús los siguientes rasgos: conducta provocativa (3,3), ira y tristeza (3,5). Desde el lado de los fariseos aparecen los siguientes: deseo de condenar a Jesús (3,2), silencio hostil (3,4), dureza de corazón (3,5) y la instigación de un complot para asesinarlo (3,6). Una marcada diferencia entre nuestra perícopa y la de 2,1-12 se encuentra en que esta comienza y acaba aludiendo a la multitud amistosa, mientras que la nuestra comienza y termina con la referencia a los oponentes hostiles. El pasaje se divide de un modo natural en tres partes. En la primera parte (3,1-2), Marcos abre el escenario, describiendo la entrada de Jesús en la sinagoga, la presencia del hombre con «la mano seca» y la presencia hostil de los observadores fariseos. En la segunda parte (3,3-4), Jesús se enfrenta con los fariseos, haciendo que el hombre se ponga en el centro de la escena y preguntándoles a ellos si es legal hacer el bien en sábado. En la tercera parte (3,5-6), Jesús desafía a los fariseos curando al hombre, y ellos responden saliendo e iniciando un complot para matarle. En cada parte hay un *movimiento* dentro o fuera de la sinagoga.
- 3,1-4: El pasaje comienza con la entrada de Jesús en la sinagoga; probablemente en la de Cafarnaún (2,1), en el mismo sábado de la escena anterior, y en compañía de sus discípulos (cf. 3,7), aunque ninguna de estas circunstancias haya sido expresamente afirmada. La presencia de un hombre con una

«mano seca» plantea lo que será el tema principal de la narración: ¿Demostrará aquí Jesús su pretensión de ser Señor del sábado (2,28), utilizando este día para curar en un espacio público y para suscitar así un conflicto abierto con los fariseos? La situación es ahora más grave que en 2,23-28, no solo porque es la misma conducta de Jesús la que está en discusión, sino también por el contexto público en el que nos hallamos y porque tenemos la impresión de que tanto la oposición de los fariseos a Jesús como el hecho de que Jesús vaya en contra de la sensibilidad de los fariseos constituyen elementos fijos (premeditados) desde el principio.

Los fariseos aparecen descritos como «observando atentamente», para ver si Jesús cura en sábado. El mismo verbo se utiliza en Sal 36,12, donde se dice que los pecadores se mantienen vigilando/observando a los justos, para matarles: un retrato similar a la descripción del complot de los fariseos al final de nuestro pasaje (3,6). Según eso, los mismos fariseos que antes han acusado a Jesús por comer con los pecadores (2,16) aparecen ahora como pecadores.

Parece que Jesús adivina sobrenaturalmente la intención de los fariseos de hallar una excusa para acusarle de violar la ley del sábado, que prohíbe «trabajar» ese día. A pesar de eso y del peligro que esa acusación legal teóricamente puede implicar, Jesús continúa y pone las bases para la curación, llamando al hombre de la mano parálitica y pidiéndole que se coloque en el centro de la sinagoga, iniciando así una confrontación abierta con los fariseos. Jesús rechaza la objeción anticipada de los fariseos con una pregunta: «¿Está permitido en sábado: hacer el bien o hacer el mal: salvar la vida o matar?». Esta pregunta pone en mal lugar a los fariseos porque, conforme a sus propios principios, la necesidad de salvar la vida está por encima del imperativo de la observancia del sábado. Pero hay un problema para la exégesis, al menos en un nivel superficial: en este caso, no se trata de salvar la vida; el hombre de la mano «seca» no está en peligro de muerte y en el caso de que Jesús esperara unas cuantas horas, hasta que el sábado haya terminado, para realizar la curación, no habría puesto al hombre en peligro de muerte. Sin embargo aquí, como en otros lugares, Jesús reinterpreta el Antiguo Testamento o los principios judíos desde una *perspectiva apocalíptica* anticipada (cf. 10,2-9). Este es un caso semejante al de las dos primeras antítesis del sermón de la montaña (Mt 5,21-30), donde Jesús equipara la ira con el asesinato y el deseo con el adulterio. También en nuestro texto de Marcos, Jesús identifica el retraso, aunque solo sea por unas horas, de la curación del hombre de la mano parálitica con su asesinato; y así muestra que curarle inmediatamente es lo mismo que salvarle la vida.

Conforme a Jesús en Marcos, *la guerra escatológica* ya se está combatiendo y cada acción humana en el campo de batalla constituye un movimiento a favor de la vida o un golpe a la muerte. Desaparece así la precaución intermedia de esperar unos minutos antes de hacer el bien. Si Jesús es el Santo de Dios, cuya santidad implica la destrucción apocalíptica de los demonios y de las enfermedades (cf. 1,24), entonces el «día sabático» de la curación del hombre con la mano parálitica implica un cumplimiento y no una infracción del mandamiento que dice: «Recordarás el día del sábado y lo santificarás» (Ex 20,8).

Los fariseos solo tienen dos salidas: o niegan su principio de «salvar la vida en día de sábado» o acompañan a Jesús radicalizando el sábado. Pues bien, ellos permanecen callados, de un modo siniestro y peligroso: como suele suceder, los disputantes que han perdido su dignidad, siendo reducidos públicamente al silencio, tienden a convertirse en enemigos peligrosos.

- 3,5-6: Uno podría esperar que Jesús realizaría inmediatamente la curación, pero, en vez de eso, Marcos eleva todavía la tensión narrativa, a través de un «retraso», que permite que entremos de un modo inusual dentro del estado interior de Jesús, que se muestra enojado por la «dureza de corazón» de los fariseos. El ejemplo bíblico más famoso de dureza de corazón es el del faraón en la historia del Éxodo (cf. Ex 7,3; 13,22; 8,15ss). Es posible que Marcos haya querido que los lectores vinculen a los fariseos con el rey de Egipto, dado que en griego las palabras «faraón» y «fariseos» son muy parecidas. Habría sido, en tal caso, una ironía tremenda, porque en los medios judíos el faraón es el enemigo prototípico del pueblo de Dios y el representante de la impiedad, mientras que los fariseos se presentan a sí mismos como los guardianes espirituales de la nación.

Por un lado, la dureza de corazón constituye un pecado que enoja a Jesús (3,5; 8,17-18); pero, por otro lado, es una aflicción que le llena de pena. Esa dualidad puede hallarse en otros lugares del evangelio,

incluso en personas que tienen buena intención (cf. 6,52; 8,17-18). En otra línea, la obcecación del faraón puede conducir en último término a la revelación de la gloria de Dios (cf. Ex 10,1-2; 14,4.17; cf. Rom 9,7-18). Marcos piensa probablemente que la dureza de corazón de los fariseos tiene un efecto salvífico semejante: hace que los fariseos planeen la muerte de Jesús, pero esa muerte se convierte en una ocasión de la automanifestación de Dios (cf. Is 15,37-39).

A pesar del tono de tristeza de la respuesta de Jesús ante la dureza de los fariseos, su interés fundamental no se dirige a los fariseos, sino al hombre de la mano seca. Así, en el clímax de este pasaje Jesús deja de fijarse en los fariseos para dirigirse al enfermo y curarle, y lo hace de un modo inteligente, eludiendo así la acusación de realizar un trabajo en sábado: en lugar de tocar el brazo del enfermo (ejecutando así una «acción» que podría estar prohibida; cf. 1,31.41), Jesús se limita a mandar al enfermo, para que él mismo alargue el brazo, y al hacerlo queda milagrosamente curado por el poder escatológico de Dios («su mano quedó restablecida», en *pasivo divino*).

Humillados de nuevo, los fariseos «salen» -desde la perspectiva de 3,31-35 y de 4,10-12, quizá tendríamos que decir que llevan a cabo una acción significativa, autoexcluyéndose de la presencia de Dios- y conspiran con los herodianos para dar muerte a Jesús. De esa manera, en contra del principio de los fariseos, que defienden la necesidad de salvar la vida en sábado y de su preocupación manifiesta por santificar ese día, ellos profanan el sábado utilizándolo para tejer un complot orientado a matar a Jesús.

La raíz de esta perversión queda sugerida por la correspondencia de la cláusula final de nuestro texto («a fin de destruirle») con el pasaje de 1,24, donde el demonio ha preguntado ya a Jesús si él ha venido a «destruir» a los demonios. De esa manera, el final de nuestro pasaje lleva de nuevo a los oyentes de Marcos hasta aquello que el autor de 2Tes 1,7 llama «el misterio de la iniquidad»: aquellos que se oponen a los actos de poder y de misericordia de Jesús, hasta el extremo de querer matarle, lo hacen no solo por su propia elección, sino también porque *la voluntad misteriosa de Dios* les ha colocado del lado del mal en la batalla escatológica. De esa manera, unos versículos antes que los fariseos acusen a Jesús diciendo que realiza sus exorcismos con el poder de Satán (3,22), los lectores atentos saben ya que no es Jesús, sino ellos, los fariseos, quienes actúan de hecho como instrumentos del diablo.

El inicio del complot contra la vida de Jesús hace que la sección de controversia de 2,1-3,6 termine de un modo sombrío. Los poderes que llevarán a Jesús a la muerte han comenzado a materializarse: *cerca del comienzo del ministerio de Jesús puede vislumbrarse ya su fin*. Pero este mismo hecho parece imprimir una nueva urgencia a su misión. El próximo pasaje pondrá de relieve la reunión escatológica de todo Israel con Jesús y su éxito renovado en la batalla contra los demonios.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?